

JORGE VOLPI
@jvolpi

Termina un año de muertes, de masacres, de catástrofes políticas... y nuestra reacción ha sido la parálisis, más que la indiferencia.

El año del pasmo

El horror. Allí. Y aquí. A nuestro lado. En todas partes. Visible y concreto. Inocultable. Ineludible. Concreto. Quizás un horror no muy distinto del de otros años igual de aciagos: lo que acaso sea distintivo en este caso sea nuestra reacción frente a él. O, más bien, nuestra ausencia de reacción. Nuestra parálisis, más que nuestra indiferencia. Nuestro pasmo.

Un año de muertes, de masacres, de ajusticiamientos. Dondequiera que volteemos la vista. Dondequiera que nos atrevamos a mirar: en México, apenas a unos kilómetros de nuestros hogares, o en la remota Ucrania, o en Israel y Palestina. En Salvatierra, donde un comando de sicarios disparó a mansalva contra un grupo de jóvenes, matando a once –y en tantos y tantos sitios en nuestro país convertido en cementerio que por supuesto ya se nos han olvidado–; en el kibutz de Be'eri, donde Hamás asesinó brutalmente a decenas de personas –igual que en otras partes–, y por supuesto en Gaza, donde ya se cuentan más de veinte mil víctimas de los bombardeos israelíes –hay que repetirlo: más de veinte mil, incluyendo incontables mujeres y niños–, y sin duda en un sinfín de lugares que eluden las noticias.

Y aquí estamos, en plenas navidades, si acaso horrorizados e indignados, pero, por encima de todas las cosas, pasmados. Porque el gobierno de Andrés Manuel López Obrador niega sistemáticamente la violencia, como si sus meras palabras la borrarán, como si con repetir una y otra vez su estrategia de abrazos, no balazos la convirtiera en un éxito, cuando en el fondo no ha hecho otra cosa que exacerbar una militarización que en ninguna medida resuelve la violencia. Y pasmados ante el desdén o el olvido de algunos hacia los asesinados y secuestrados por Hamás, y ante un bombardeo indiscriminado, cotidiano, que solo conseguirá acentuar el odio y los deseos de venganza.

Un año, también, de catástrofes políticas. Del asesinato del candidato Fernando Villavicencio en Ecuador a la elec-

ción de Javier Milei en Argentina, pasando por los intentos de bloquear la investidura de Bernardo Arévalo en Guatemala. Y, de nuevo, observamos todo ello a la distancia, en el mejor de los casos preocupados o alarmados, pero al cabo pasmados: otro político asesinado, otro líder populista que toma el poder, otro candidato elegido democráticamente que sus adversarios buscan eliminar a cualquier costo. El pasmo ante Milei es, si acaso, doble: por imaginar que alguien como él pudo ser elegido y por escuchar a tantas voces fuera de Argentina celebrarlo.

Y pasmados, asimismo, acaso más que en ninguna otra circunstancia, con lo que ocurre en Estados Unidos, tal vez el mayor peligro al que se enfrentará el mundo en 2024: las acusaciones y los procesos a que ha sido sometido Donald Trump –recientemente inhabilitado para las primarias republicanas en Colorado– y cómo no deja de subir en las encuestas, tanto para ser candidato de su partido como para derrotar a Joe Biden, quizás desde la cárcel. Un pasmo sostenido ante la imposibilidad de intervenir en una contienda que no es nuestra, pero que habrá de definir el rumbo del planeta en los siguientes años. Si llegara a triunfar, con tantos agravios a cuentas y tal deseo de venganza, nos enfrentamos a un desastre de proporciones incalculables.

Y pasmo frente al calentamiento global, que ha hecho de diciembre de 2023 el mes con temperaturas más altas desde que existen registros. Y eso otra vez a nadie parece preocuparle, no a Milei ni a López Obrador ni a Trump, queda claro. Pasmado hacia nuestra docilidad y nuestra incapacidad de rebelarnos, hacia nuestra inacción y hacia nuestra resignación. Hacia un planeta que no es capaz de centrarse en nada que no sea el presente.

Cada una de estas circunstancias, la violencia extrema, el populismo de ultraderecha, la desigualdad y el calentamiento global anuncian un 2024 plagado de espinas: solo si nos arriesgamos a salir del pasmo y la inacción podríamos imaginar un futuro menos ominoso y menos cruel.



VIDAL GARZA

El 2024 será crucial para la democracia global. En México los próximos comicios deben ser la principal tarea ciudadana.

Tener un buen gobierno

Un buen gobierno es exigencia ciudadana y el deber ineludible de los políticos. Sin embargo, las ambiciones desmedidas y los egoísmos de algunos políticos a menudo obstaculizan este ideal. A esto se suma un desprecio generalizado hacia el gobierno, la administración pública y sus instituciones.

El año 2024 se perfila como un hito en la historia de la democracia mundial. Elecciones están programadas en numerosos países, incluyendo gigantes geopolíticos como Estados Unidos, India, Rusia, la Unión Europea, Indonesia y México.

En total, alrededor de 70 países, que albergan a más de 3,700 millones de personas –casi la mitad de la población mundial– tienen previsto celebrar elecciones presidenciales o legislativas.

Este ciclo electoral tiene el potencial de reconfigurar el escenario geopolítico. Basta considerar posibles eventos como el regreso de Donald Trump a la Casa Blanca, una tercera victoria consecutiva en Taiwán de candidatos que China considera hostiles, o un fuerte auge de la ultraderecha en la Unión Europea, para comprender que el próximo año será crucial para la democracia global.

La calidad democrática está en juego a nivel mundial. Muchas sociedades se vuelven más frágiles, las garantías democráticas se debilitan y el terreno de competencia se inclina a favor de quien detenta el poder.

México no es la excepción y debe convertir las próximas elecciones, las más grandes de su historia, en su principal tarea ciudadana.

Para ello, es necesario entender qué es un buen gobierno. Según el Banco Mundial, se trata de uno que tenga una gestión política transparente y previsible, una administración profesional, un Poder Ejecutivo que rinda cuentas, una sociedad civil fuerte y participativa, un Poder Legislativo transparente y que habla leyes para todos, no para proteger su corrupción y pelearse con el Poder Ejecutivo, y, sobre todo, uno que respete el imperio de la ley.

Como escribió Aristóteles, “el fin de la política es la felicidad de los ciudadanos”. O como dijo Simón Bolívar, “el sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política”.

Pero tener un buen gobierno no es fácil, sobre todo cuando hay ambiciones desmedidas. Requiere de

compromiso, vigilancia, rendición de cuentas y mejora continua. También requiere de una visión de largo plazo, que trascienda los intereses de corto plazo.

Para tener un buen gobierno, se necesita de una ciudadanía informada, crítica y exigente, que elija a sus representantes con base en sus propuestas y resultados, y que los supervise y evalúe constantemente.

También se necesita de una clase política honesta, capaz y comprometida, con base en principios y valores, y que rinda cuentas de su gestión. Como dijo el orador romano Cicerón, “servirse de un cargo público para enriquecimiento personal resulta no ya inmoral, sino criminal y abominable”.

Tener un buen gobierno es la única meta que nuestros políticos deben perseguir. Seamos exigentes y constatemos que así lo harán. Ya estamos cansados de políticos que no mejoran el gobierno y que además se cambian de partido como de ropa.

Un buen gobierno entiende que no hay gobierno sin gobernados, ni corrupción sin corruptor. Nos toca como ciudadanos hacer lo propio y exigir, de manera constante y organizada, mejores gobiernos. Porque parece que los candidatos que buscan nuestro voto hoy no tienen interés en gobernar bien, sino solo en llegar al poder.

Para ustedes, estimados lectores, y sus familias, felices fiestas decembrinas y un muy próspero 2024.

Un buen gobierno es la única meta que nuestros políticos deben perseguir. Seamos exigentes para que cumplan.

DE POLÍTICA Y COSAS PEORES
CATÓN
afacaton@yahoo.com.mx



Cometen grave infamia y agravio aquellos hombres que se vanaglorian de los amores que han tenido.

MIRADOR

ARMANDO FUENTES AGUIRRE

Amar y callar

Parece que los tronos excitan las partes pudendas de quienes en ellos se sientan, pues a lo largo de la historia, y a lo largo y ancho del planeta, un número incontable de reyes y de reinas han caído en culpas de fornicación y de adulterio, desde los tiempos bíblicos hasta la actualidad. (Alguien le preguntó a Camilia, fémica de cuerpo generoso: “¿Qué diferencia hay entre adulterio y fornicación?”. “Pienso que ninguna –ponderó ella–. Yo he hecho las dos cosas, y en las dos se siente exactamente igual”). Carlos IV, monarca español a quien Tolsá inmortalizó –sin merecerlo el mentecato rey– en la famosa estatua ecuestre que la gente de la Ciudad de México llama “El Caballito”, le dijo un día a su padre, Carlos III, él sí gran soberano: “Es imposible que a nosotros nos engañen nuestras mujeres, por nuestro origen divino, nuestra nobleza y calidad”. “¿Ay, hijo! –suspiró el sabio genitor–. ¡Qué tonto eres!”. Y en efecto, al jinete del Caballito su esposa María Luisa, pese a ser más fea aun que como Goya la pintó, le puso con ayuda del guapetón y cogelón Godoy unos cuernos como de toro navarro o Texas longhorn que lo obligaban a pasar de ladito por las puertas, pues sí lo hacía de frente se atoraba en las

jambas. Digo lo anteriormente dicho porque por estos días es causa de cotilleo en una corte europea –no diré cuál: “la luz del entendimiento me hace ser muy comedido”, dijo Lorca– la villanía de un individuo al mismo tiempo estúpido y canalla que se jactó de tener amor de cama con la reina de una de las más antiguas e históricas cortes de Europa. Le es aplicable a ese infame la galana y aleccionadora décima que en México le enrostró un poeta al majadero mozalbate que en tertulia de hombres doctos se vanaglorió de haber obtenido un beso de una joven a la que todos conocían y apreciaban por sus buenas cualidades. He aquí esos versos: “Dicha que es dicha no es dicha. / Dicha si fuese callada. / ¿No bastaba ser gozada, / sino ser gozada y dicha? / Ah, qué tremenda desdicha / es la de los falsos sabios / que convierten en agravios / los favores, y es gran mengua / tenga desdichada lengua / quien tuvo dichosos labios”. Amar y después callar. Tal es obligación de caballeros. Quien a ese deber falta no merece tal título, ni el de hombre... Perdonarán mis cuatro lectores que esta vez no haya cumplido mi tarea de orientar a la república, pues me ocupé más bien en orientar a las cortes europeas. A efec-

to de compensar tal omisión narraré algunos cuentecillos de humor leve y luego dejaré el sitio a la palabra FIN... Camala, señora que andaría por los 60, recibió una infausta noticia de su médico: pronto quedaría inhabilitada para tener sexo. Le quedaban sólo 10 oportunidades para hacer el amor. Se quejaba con enojo la señora: “¿Y el egoísta de mi marido quiere que todas sean con él?”. (No seas mala, Camala. Déjale por lo menos una, a modo de remember o nostalgia)... Doña Panoplia de Altopedo, dama de buena sociedad, tenía una muchacha de servicio llamada Ancila. Cierta día la chica le anunció de buenas a primeras que se volvía a su pueblo. “¿Por qué?” –se azoró doña Panoplia. Ya se sabe que en muchas casas es más importante para la señora la fámula que el marido. Explicó Ancila: “Me pagan muy poco por lo que le hago a usted, y nada por lo que me hace el señor”... Doña Cotona, la esposa de don Algón, ejecutivo de empresa, no se andaba por las ramas cuando se trataba de manifestar sus opiniones. Su consorte le anunció, orgulloso: “Los socios de la Sociedad Social de Sociados me nombraron El Hombre del Año”. “Me lo explico –respondió con acritud doña Cotona–. El año estubo de la chingada”... FIN.

Este amigo con el que tomo la copa –varios los martes por la noche me desasosiega a veces con sus heterodoxias.

Ésa es la misión de las heterodoxias –dice él–. Desasosegar.

Dice mi amigo:

–Los demagogos eclesiásticos –a más de uno conozco– sostienen la idea de que María y José eran unos pobres migrantes. Ni migrantes ni pobres eran los padres de Jesús. Salieron de Nazaret y fueron a Belén porque debían cumplir la orden de Augusto César, de inscribirse en el censo. Tras hacer eso regresaron a su lugar de origen. Y no eran pobres: José pertenecía a la casa y familia de David, y en una tierra de pastores era hombre acomodado, dueño de su carpintería, no siervo o asalariado. Si su hijo nació en un portal fue porque con motivo del tal censo la posada estaba llena; pero podía pagarla, como lo prueba el hecho de que pidió alojamiento en ella.

–Sermones falsos a un lado –opina mi amigo–, lo importante es que Jesús y su doctrina de infinito amor encuentren posada en nosotros no sólo en estos días en que recordamos su Natividad, sino en cada uno de nuestra vida, porque nosotros sí somos pobres, aunque tengamos riquezas, y migrantes, aunque no salgamos de nuestra ciudad.

Oí eso y me pareció que mientras más bebía mi amigo más sobrio estaba.

¡Hasta mañana!...